

EL OCTAVO DÍA

THORNTON WILDER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



TÍTULO ORIGINAL: *The Eighth Day*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Valderribas 12, 5º Centro-Derecha - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 1967 The Wilder Family LLC
Publicado por acuerdo con The Wilder Family LLC
y The Barbara Hogenson Agency, Inc.
Todos los derechos reservados.

Si desea saber más sobre Thornton Wilder, su vida y su obra, visite:
www.ThorntonWilder.com

© de la traducción, Enrique Maldonado Roldán, 2013
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2013
© de la ilustración de cubierta, Alfonso Rodríguez Barrera, 2013

ISBN: 978-84-15509-14-1
DEPÓSITO LEGAL: M-12572-2013

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: Mayo de 2013

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EL OCTAVO DÍA

THORNTON WILDER

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS Y NOTAS
DE ENRIQUE MALDONADO ROLDÁN



Para Isabel Wilder

Prólogo

A comienzos del verano de 1902, John Barrington Ashley, residente en Coaltown¹, un pequeño núcleo minero en el sur de Illinois, fue juzgado por el asesinato de Breckenridge Lansing, vecino de la misma localidad. Fue declarado culpable y sentenciado a muerte. Cinco días más tarde, a la una de la madrugada del martes 22 de julio, escapó de sus custodios en el tren que lo conducía al patíbulo.

Este fue el conocido como «Caso Ashley», que suscitó considerable interés, indignación y burla a todo lo largo del Medio Oeste. Nadie dudaba que Ashley disparó a Lansing, de forma deliberada o por accidente, pero el juicio fue considerado un proceso torpemente gestionado por un juez senil, una defensa inepta y un jurado cargado de prejuicios: el «Caso del Agujero del Carbón», el «Caso de la Carbonera», lo apodaron. Cuando, después de todo ello, el asesino convicto escapó de sus cinco custodios y desapareció sin dejar rastro —esposado, con atuendo de reo y la cabeza afeitada—, fue el propio estado de Illinois el que quedó ridiculizado. Pasados unos cinco años, la Fiscalía del Estado, con sede en Springfield, anunció el hallazgo de nuevas pruebas que eximían de toda culpabilidad a Ashley.

Así pues, se había producido un error judicial en un caso sin importancia en una pequeña población del Medio Oeste.

Ashley disparó a Lansing en la nuca mientras ambos realizaban su habitual práctica de tiro con rifle de los domingos en el jardín trasero de la vivienda de Lansing. Ni siquiera la

¹ Su nombre significa «ciudad del carbón».

defensa argumentó que la tragedia fuera resultado de un fallo mecánico. El rifle fue disparado en repetidas ocasiones ante los ojos del jurado y mostró encontrarse en excelentes condiciones. La magnífica puntería de Ashley era bien conocida. La víctima se encontraba a cinco metros de distancia de Ashley, frente a él, ligeramente hacia su izquierda. Fue un tanto sorprendente que la bala atravesara el cráneo de Lansing sobre su oreja izquierda, se asumió que había girado la cabeza para oír el alboroto proveniente de una merienda que un grupo de jóvenes celebraba en los jardines de Memorial Park, al otro lado del cerco de seto. Ashley jamás vaciló en la defensa de su inocencia, tanto en intencionalidad como en el propio hecho, por risible que la aseveración pareciera. Los únicos testigos eran las mujeres del acusado y de la víctima. Estaban sentadas bajo los nogales del jardín preparando limonada. Ambas testificaron que solo se produjo un disparo. El juicio se prolongó en exceso debido a diversas enfermedades de los miembros del tribunal e incluso la muerte de integrantes del jurado y sus suplentes. Los periodistas destacaron los retrasos provocados por estallidos de risa, una sombra de inconsistencia sobrevolaba la sala. Se produjeron frecuentes lapsus linguae. Un testigo seguía a otro en una confusión de nombres. El mazo del juez Crittenden se rompió. Un periodista de San Luis lo denominó «el juicio de las hienas».

Fue la incapacidad para establecer el móvil del crimen la que generó amplia indignación. La acusación planteó demasiados motivos, pero ninguno convincente. Coaltown, no obstante, estaba convencida de saber por qué Ashley había matado a Lansing, y de allí era la mayor parte de los miembros del tribunal. Todos lo sabían y ninguno lo mencionó. Los miembros de las mejores familias de Coaltown no hablan con extraños. Ashley asesinó a Lansing porque estaba enamorado

de la mujer de este, y el jurado lo envió al patíbulo con firmeza y unanimidad, con lo que un diario de Chicago definió como «descarada calma». La amonestación del viejo juez Crittenden al jurado en esta cuestión fue particularmente seria: los conminó, con algo parecido a un guiño de complicidad, a cumplir con su solemne obligación. Y así lo hicieron. Para los periodistas llegados desde otros lugares, el juicio resultó una farsa y pronto se convirtió en un escándalo en el curso superior del valle del Misisipi. La defensa encolerizó, los periódicos adoptaron un enfoque despectivo, llovieron telegramas en la mansión del Gobernador en Springfield, pero Coaltown sabía lo que sabía. Este silencio acerca de las vergonzosas relaciones entre John Ashley y Eustacia Lansing no provenía de ningún deseo cortés de proteger el buen nombre de una dama; existían fundamentos más sólidos para el silencio que este. Ningún testigo se atrevió a pronunciar la acusación porque ninguno contaba con la menor evidencia. Los cotilleos habían cristalizado en condena como los prejuicios se petrifican en incontestable verdad.

Justo cuando la indignación popular se encontraba en su cénit, John Ashley escapó de sus guardianes. La huida tiende a ser interpretada como un reconocimiento de la culpabilidad, y las dudas sobre el móvil del crimen pasaron a ser irrelevantes.

Es posible que la condena hubiera sido menos severa si Ashley se hubiera comportado de forma diferente en el tribunal. No mostró signo alguno de temor. No proporcionó ningún fascinante espectáculo de creciente terror y arrepentimiento. Permaneció sentado a lo largo del prolongado proceso escuchando con serenidad, como si esperara que el juicio satisficiera su moderada curiosidad sobre la verdadera identidad del asesino de Breckenridge Lansing. Es cierto, sin embargo, que para Coaltown Ashley era un hombre extraño. Era

prácticamente un extranjero, es decir: provenía del estado de Nueva York y se expresaba como allí lo hacen. Su mujer era alemana y tenía un ligero acento propio. Ashley parecía no tener ambición. Había trabajado durante cerca de veinte años en la oficina de las minas con un sueldo exiguo —tan limitado como el del segundo clérigo mejor pagado de la zona— con aparente satisfacción. Era extraño por la total ausencia de características llamativas. No era rubio ni moreno, alto ni bajo, gordo ni delgado, inteligente ni estúpido. Tenía un aspecto relativamente agradable, pero difícilmente atraería segundas miradas. Un periodista de Chicago, al inicio del juicio, lo denominó repetidamente «nuestro aburrido héroe». (Cambió su parecer más tarde: un hombre que se enfrenta a una condena a muerte y no muestra ansiedad, genera interés). A las mujeres les gustaba Ashley porque a él le gustaban ellas y porque ofrecía una concienzuda escucha en cualquier conversación; los hombres —excepto los capataces de la mina— le prestaban escasa atención, si bien algo en su modesto silencio los impelía continuamente a tratar de impresionarlo.

Breckenridge Lansing era corpulento y rubio. Saludaba a todos con un fuerte apretón de manos en cordial muestra de amistad. Reía sonoramente; no se contenía ante un ataque de rabia. Era sociable; pertenecía a toda agrupación, fraternidad y asociación con que contara Coaltown. Le encantaban los rituales: los ojos se le colmaban de lágrimas —lágrimas de hombre, de las que no se avergonzaba— cuando juraba por enésima vez «mantener la amistad con los hermanos hasta la muerte» y «vivir con virtud bajo la protección de Dios y estar preparado para entregar la vida por su país». Son votos como estos, con su mención a las alturas, los que dan sentido a la vida de un hombre. Tenía sus pequeñas debilidades. Pasaba más de una noche en una de esas tabernas de la carretera del

río, sin regresar a casa hasta la mañana. Este no era el comportamiento propio de un padre de familia ejemplar, la señora Lansing podría haber tenido algún motivo para la queja. Pero en público —en la merienda de los voluntarios del cuerpo de bomberos, en las ceremonias de graduación— la colmaba de atenciones, mostrando a todos su orgullo por ella. Era conocida por todos su incompetencia como director residente de las minas, así como que en raras ocasiones acudía a la oficina antes de las once. Como padre había sin duda fracasado en la educación de dos de sus tres hijos. George era considerado un «camorrista» y un «diablillo». Anne siempre se salía con la suya, a fuerza de pataletas y mala educación. Aunque estos puntos débiles eran comprensibles. Varios de ellos eran compartidos por los ciudadanos más valorados del lugar. Lansing era un hombre agradable y buena compañía. ¡Cuán espléndido habría sido el juicio si Lansing hubiera disparado a Ashley! ¡Qué actuación habría brindado! Coaltown se habría asegurado en primer lugar de que estuviera completamente atemorizado —encogido por el miedo— para entonces absolverlo.

Este caso sin importancia en una pequeña población del sur de Illinois debiera haberse olvidado incluso antes de no haber sido por las misteriosas circunstancias que rodearon la fuga del convicto. No tuvo que levantar un dedo. Fue rescatado. Seis hombres —vestidos de porteadores ferroviarios, con los rostros ennegrecidos con corcho quemado— accedieron al vagón sellado. Hicieron añicos los faroles colgantes; sin un solo disparo ni palabra alguna doblegaron a los guardas y sacaron al prisionero del tren. Dos de los custodios dispararon una vez y no se atrevieron a continuar por miedo a matar a uno de los suyos en plena oscuridad. ¿Quiénes eran estos hombres que arriesgaron sus vidas para salvar la de John Ashley? ¿Mercenarios? La señora Ashley declaró en repetidas ocasiones a los

representantes de la Fiscalía del Estado —los furiosos, humillados policías— que ella no tenía idea de quiénes podían ser. Todo lo relativo al rescate fue impresionante: su entereza, su habilidad, su precisión, pero sobre todo su silencio y el hecho de que los rescatadores estuvieran desarmados. Fue fantasmagórico; sobrenatural.

El juicio y la evasión de John Ashley pusieron en ridículo al estado de Illinois. Hasta la llegada de la Primera Guerra Mundial —que comenzó a desplazar a los estadounidenses por todo el país, cambiando su lugar de residencia de forma repentina— todo hombre, mujer y niño consideraba que vivía en la mejor población del mejor estado del mejor país del mundo. Esta convicción les aportaba una cierta fortaleza y se veía reforzada por un implacable desprecio de toda localidad, estado o país vecino. Este orgullo geográfico era inculcado a los niños, y los orgullos y humillaciones de la infancia son tenaces. Los más pequeños aplicaban este principio a las mismas calles en las que vivían. Se les oía de regreso del colegio: «Si tuviera que vivir en la Calle del Roble, ¡me moriría!». «Bueno, todo el mundo sabe que cualquiera que viva en la Calle del Olmo está loco-co-co, ¡ahí lo llevas!». El coronel Stotz, fiscal general del estado de Illinois, era un destacado ciudadano del mejor estado del mejor país del mundo. La cúpula del Capitolio Estatal (Capitolio Abraham Lincoln), en el que ejercía sus funciones, era el símbolo visible de la justicia, la dignidad y el orden. El desprecio al que se sometió a Illinois como resultado del Caso Ashley durante su cuarto y último mandato oscureció sus días y abrió el suelo bajo sus pies. Odiaba el apellido Ashley y decidió perseguir al convicto hasta el último rincón del planeta.

Desde la mañana del primer lunes tras la muerte de Lansing, los hijos de los Ashley desaparecieron del colegio para

gran frustración de sus compañeros. Únicamente Sophia pisaba la calle, realizando las compras para su madre. Ella Gates le escupió en la cara en la escalinata de la oficina de correos. Ashley prohibió a sus hijas asistir al juicio. Un día tras otro, Roger — a sus diecisiete años y medio — se sentaba en el tribunal junto a su madre, quien también negaba a sus conciudadanos cualquier espectáculo de pavor. Como el propio Roger diría más tarde: «Mamá está mejor que nunca cuando las cosas se tuercen». Ella se sentaba a unos metros del banco del acusado. La incomodaba ser consciente de que la falta de sueño robaba color a sus mejillas. Cada mañana, a las ocho y media, se las frotaba largamente y con firmeza para generar un aspecto de bienestar e inquebrantable confianza.

Otro hecho extraño sobre los Ashley se manifestó durante el juicio: ningún familiar de John o de Beata llegó a Coaltown para ayudarlos o consolarlos.

Con el paso del tiempo la historia se transformó en leyenda y fue recontada con cada vez mayor número de incorrecciones. Se dijo que matones de Nueva York asaltaron el tren: habían recibido mil dólares cada uno de la amante de Ashley, la viuda del hombre que asesinó. O que Ashley, con la ayuda de su hijo Roger, se había abierto paso a balazos ante una patrulla de once hombres. Incluso después de que la Fiscalía del Estado hubiera exonerado a John Ashley, eran muchos quienes, entrecerrando los ojos, pronunciaban con tono de quien sabe lo que dice: «Hubo mucho ahí, escondido, en ese asunto, que nunca salió a la luz». Los hijos de los Ashley y los Lansing dejaron Coaltown uno a uno. Más adelante, primero la señora Ashley y luego la señora Lansing, se mudaron a la Costa Oeste. Parecía como si el tiempo hubiera expurgado gradualmente esta triste historia, tal y como ha hecho con tantas otras. ¡Pero no!

Pasados unos nueve años se comenzó a hablar de nuevo

del Caso Ashley. Periodistas, ciudadanos comunes, incluso científicos, se dedicaron a visitar las hemerotecas para leer las amarillentas páginas de los viejos periódicos. Había un interés cada vez mayor por los «hijos de Ashley», todos tan distinguidos en sus diferentes vidas y profesiones. Todo el mundo estaba interesado en los «hijos de Ashley» excepto los propios «hijos de Ashley». Eran objeto de esa especialmente clamorosa forma de celebridad que rodea a aquellos que son tanto ridiculizados como admirados, adorados y odiados. Llamaban cada vez más la atención porque habían logrado atraer el interés de la sociedad a una edad muy temprana y porque estaban ligeramente vinculados a un pasado de tragedia y desgracia. Se les reconocían una serie de características comunes. Si bien únicamente aquellos que los habían conocido en sus años de juventud en Coaltown —el doctor Gillies, Eustacia Lansing, Olga Doubkov— eran conscientes de hasta qué punto estos elementos de su personalidad habían sido heredados de sus progenitores, especialmente de su padre. No tenían sentido alguno de la competitividad y sus consiguientes manifestaciones de odio y represalia, a pesar de que Lily y Roger pertenecían a profesiones con fuerte competencia y escasa presencia de escrúpulos. No actuaban embargados por la conciencia de sus propios hechos, no mostraban consideración ninguna hacia la opinión de terceros y no conocían el miedo, aunque Constance pasó más de dos años en prisión, en seis arrestos acaecidos en cuatro países distintos, y Roger era vilipendiado tanto en su país como en el extranjero. Lily y Constance no eran vanidosas a pesar de encontrarse entre las más bellas mujeres de su época. Ninguno tenía sentido del humor, si bien con los años sus palabras adquirieron una mordacidad que se aproximaba al ingenio y eran ampliamente citados. Carecían de engreimiento. Quienes mejor los conocían los describían

como «abstractos». Era por tanto lógico que desconcertaran a sus contemporáneos y fueran acusados, según los casos, de inflexibilidad, egotismo, insensibilidad, hipocresía y sed de publicidad. Habrían generado incluso un mayor rechazo de no haber sido por otro rasgo absurdo, demasiado cándido, enternecedor, pueblerino: todos tenían grandes y sobresalientes orejas («aladas puertas de granero») y grandes pies; bendición divina para los caricaturistas. Cuando Constance —en sus interminables cruzadas: «Voto para la mujer», «Refugios para los niños indigentes», «Derechos para la mujer casada»— ascendía las escaleras de un estrado (era especialmente apreciada en India y Japón), un estallido de risa barría la multitud; nunca pudo entender por qué.

Así pues, ya en 1910 y 1911, la gente comenzó a estudiar la documentación del Caso Ashley y a plantear preguntas —frívolas o sesudas preguntas— sobre John y Beata Ashley y sus hijos, sobre Coaltown, sobre esos viejos bromistas: herencia y entorno, habilidades y talentos, destino y azar.

Este John Ashley, ¿qué había en él (como en ciertos héroes de las viejas tragedias de los griegos) que le generó una suerte tan dispar: castigo inmerecido, rescate «milagroso», exilio e insigne progenie?

¿Qué había en los predecesores de los Ashley y posteriormente en su vida familiar que cultivó tal energía de mente y espíritu?

¿Qué había en este valle del Kangaheela de matriz geográfica, de clima espiritual, para moldear tan excepcionales hombres y mujeres?

¿Existía alguna conexión entre la catástrofe que sacudió a ambas familias y los posteriores sucesos? ¿Acaso la humillación, la injusticia, el sufrimiento, la miseria y el ostracismo, acaso son bendiciones?

Nada es más interesante que las indagaciones acerca del modo en que la creatividad opera en cualquiera, en todos: la mente, impulsada por la pasión, imponiéndose, construyendo y destruyendo; la mente —la última manifestación de la vida en hacerse presente— expresándose en el estadista y el criminal, el poeta y el banquero, el barrendero y el ama de casa, el padre y la madre; generando orden o causando estragos; la mente, condensando su energía en grupos y naciones, elevándose hasta la incandescencia y luego retrocediendo exhausta; la mente, esclavizando y masacrando o difundiendo la justicia y la belleza:

La Atenas de Palas Atenea, como un faro sobre una colina, emitiendo haces de luz que aún iluminan a los hombres en sus asambleas.

Palestina, durante mil años, como un géiser en la arena, generando genio tras genio, hasta el punto de que pronto no habrá nadie sobre la tierra que no haya sido por ellos afectado.

¿Se produce una multiplicación cada vez mayor de estos o acaso disminuye?

¿Es el cerebro neutral ante la destrucción y la beneficencia?

¿Es posible que se produzca alguna vez una «espiritualización» del animal humano?

Es absurdo comparar a estos hijos del valle del Kangaheela con los augustos ejemplos de benefactora y funesta actividad mencionados anteriormente (apenas alcanzada la mitad de este siglo ya han sido ampliamente olvidados), pero:

Están cerca.

Son accesibles para nuestra indiscreta observación.

La sección central de Coaltown es larga y estrecha, insertada entre dos riscos. Puesto que su calle principal avanza de norte

a sureste, recibe poca luz solar directa. Muchos de sus habitantes en rara ocasión ven un amanecer, un atardecer o más que un fragmento de una constelación. En el extremo norte se encuentra la estación de ferrocarril, el ayuntamiento, el juzgado, la Taberna Illinois y la vivienda de los Ashley, construida tiempo atrás por Airlee MacGregor y bautizada «Los Olmos»; en el extremo sur hallamos los jardines de Memorial Park, con su estatua al soldado del Ejército de la Unión, el cementerio y la vivienda de Breckenridge Lansing: «San Cristóbal», que toma su nombre de la isla del Caribe en la que nació Eustacia Lansing. Estas dos casas son las únicas de Coaltown con suficiente superficie plana a su alrededor como para ser descritas «con terreno». Un triste riachuelo, el Kangaheela, fluye a lo largo del valle, en la sección este de la calle principal; se amplía creando estanques tras Los Olmos y San Cristóbal. La población es mayor de lo que aparenta. Puesto que su centro está confinado a un estrecho valle, las viviendas de muchos de sus residentes están colgadas de las colinas circundantes o se alinean en las carreteras que se dirigen al norte y al sur. Los mineros viven en sus propias comunidades en la cresta Bluebell y la colina Grimble. Tienen sus economatos, sus escuelas y sus iglesias. En rara ocasión descienden hasta el pueblo. Coaltown se expandió y se redujo en diversas ocasiones a lo largo del siglo XIX. Las minas llegaron a emplear hasta a tres mil hombres y varios cientos de niños. Oleadas de inmigrantes se asentaron por cortos periodos de tiempo en la región para continuar luego su avance: cazadores y tramperos, sectas religiosas, mineros de Silesia y comunidades enteras de agricultores a la búsqueda de suelo fértil. Había no pocas iglesias, escuelas y cementerios abandonados en las colinas cercanas y a lo largo de la carretera del río. El doctor Gillies estimaba que cien mil personas habían habitado ambos condados; tras

conocer las imponentes necrópolis cercanas a Goshen y Pen-
niwick, elevó la cifra.

Debió de haber un amplio lago de poca profundidad en la
región para haber producido tanta arenisca, pero el suelo se
elevó y la mayor parte del agua fluyó hacia el Ohio y el Mi-
sisiipi. Debió de haber grandes bosques que produjeran todo
ese carbón y siglos de terremotos para levantar las colinas y
plegarlas sobre los bosques como tortitas sobre mermelada.
Los gigantescos y pesados reptiles fueron incapaces de escapar
a tiempo y dejaron sus huellas en la roca; pueden contemplan-
se en el museo de Fort Barry. Qué extensiones de tiempo son
necesarias para completar la transformación de un pantanal
en un bosque. Los estudiosos han dibujado la estela temporal:
tanto tiempo para que la hierba facilite el humus a los arbus-
tos, tanto para que los matorrales acomoden a los árboles,
tanto para que los menores de la familia de los robles enraícen
bajo la grata sombra de los cerezos silvestres y los arces, y
para suplantarlos; tanto para que el roble blanco reemplace al
rojo; tanto para la majestuosa entrada de la familia de las ha-
yas, que ha aguardado su momento propicio: la guerra de los
retoños, por así decirlo. A la despiadada lucha de las plantas
se sumó la de los animales. El balido del venado infundiendo
terror en el bosque al hundirle el gran felino sus dientes en
la vena yugular; el halcón elevando al cielo la serpiente que
atrapa entre sus mandíbulas un roedor.

Entonces llegó el hombre.

Uno de los más logrados «montículos de tortuga»² de toda
la región de Algonquín se encuentra en las inmediaciones de
Coaltown, en Goshen, y existen tres magníficos «montículos

² Depósitos de caparazones y conchas realizados por la población nativa del
continente americano.

de serpiente»³ al norte. En aquel tiempo, cualquier chico con energía tenía su colección de puntas de flecha, pilones y hachas indias. Los entendidos no coinciden en los motivos de las numerosas masacres, puesto que estas tribus eran notablemente pacíficas. Un experto las atribuye a la costumbre de los matrimonios exógamos: incursiones contra las tribus de otros tótems para robar mujeres destinadas a sus valientes jóvenes. Otro, no obstante, sostiene que estas agresiones vienen derivadas de necesidades económicas; los bleu barrés habrían agotado la caza en su territorio, viéndose obligados a avanzar hacia la tierra de los kangaheelas. Sea cual sea la razón, el análisis de los restos óseos de las diversas necrópolis desvela una atroz sangría.

En 1907, mucho tiempo después de que estas tribus fueran consideradas extintas, un etnólogo se topó con una pequeña comunidad de kangaheelas que vivían y tosían en chabolas en el embarcadero de Gilchrist, en el Misisipi, cien kilómetros al oeste de Coaltown. Era difícil comprender cómo lograban sobrevivir; vendiendo junto a la carretera un puñado de mocasines, pipas, flechas y abalorios de torpe factura. Una noche, a cambio de *whisky*, un anciano contó la historia de su pueblo. Eran la envidia de otras naciones por la elegancia de sus vestidos, el esplendor de sus danzas (Kangaheela significa «escenario sagrado»), su sabiduría y sus habilidades en la adivinación. Todo hombre mayor de edad era capaz de repetir sin mácula el Libro de los Inicios y los Fines, un recital que llenaba, interrumpido por las danzas, dos días con sus noches. Los kangaheelas eran famosos por su hospitalidad; reservaban espacios para invitados de otras naciones que pudieran entender alguna porción del texto. El fuego del consejo iluminaba los rostros de miles de hombres sentados alrededor del

3 Construcciones en forma de espiral elaboradas por los nativos americanos.

sagrado escenario para la danza. La primera noche era gloriosa: la historia de la creación con su agotadora descripción de las luchas entre el sol y la oscuridad. Esta era seguida por la narración del nacimiento del primer hombre a través de los orificios nasales del Padre Supremo: el primer kangaheela. Se dedicaba una mañana a enumerar el catálogo de leyes y tabúes que este había instituido; cuestión tan antigua que las palabras eran en ocasiones ininteligibles y su intención poco clara. A mediodía el trovador se adentraba en la crónica y la genealogía de héroes y traidores: ocho horas de duración. Poco antes de la segunda medianoche se transmitía el Libro de las Severas Profecías, que nos es dado por el Padre Supremo: tres horas de humillación y amargura. Los pecados del hombre han convertido la belleza de la tierra en un estercolero. Hermanos han asesinado a hermanos. La sagrada obligación de la regeneración ha sido convertida en un deporte irreflexivo. El Padre Supremo porta en su corazón a todas las naciones del bosque, pero se arrastrarán como la serpiente; sus poblaciones serán esquiladas; la felicidad del nacimiento de un hijo será fingida.

Se producía entonces un largo silencio, roto finalmente por el retumbar de los tambores y los gritos. Era la Danza del kangaheela, el corazón del sílex, tan fundamental para el Padre Supremo como su ojo. Esta es la danza que ha sido tan ampliamente copiada. Incluso a los saysays de Michigan se les ha pedido que la realicen en su devaluada y superficial versión de las ferias itinerantes (admisión: cincuenta centavos; niños, veinticinco). Al finalizar la danza se producía otro silencio; cargado de expectación, con la respiración contenida. El líder de los kangaheelas parecía sumirse en las profundidades de su cuerpo; se serenaba; se elevaba. Era el turno del Libro de las Promesas. ¿Quién sería capaz de describir el consuelo de tan

magnífica canción? Los ancianos olvidaban sus debilidades; los chicos y chicas dejaban patente por qué habían nacido y por qué el universo fue puesto en movimiento. Existen muchos pueblos sobre la tierra —más hombres que hojas en el bosque—, pero Él ha elegido a los kangaheelas de entre todos ellos. Regresará. Permitidles ILUMINAR EL CAMINO para preparar el día. La especie humana será salvada por unos pocos.

Hasta aquí los indios. Los expertos estiman que nunca hubo más de tres mil kangaheelas vivos de forma simultánea.

Llegó el hombre blanco. Trajo consigo su narrativa de la creación, su nombre para el Padre Supremo, sus leyes y sus tabúes, su catálogo de héroes y traidores, su carga de reproches, su esperanza de una era dorada. Trajo muy poca danza, pero bastante música, sagrada y profana. También portaba un espíritu especulativo, desconocido para el piel roja; su producto fue sin mucho rigor denominado filosofía. Todos ellos, jóvenes y viejos, atormentaban sus cerebros ocasionalmente con preguntas sobre por qué existen los seres humanos y cuál es el sentido de la vida y la muerte (lo que el doctor Gillies llamó «las preguntas de las cuatro de la mañana»). El doctor Gillies era el más elocuente y exasperante filósofo de Coaltown. En contradicción frontal con la Biblia, creía que la Tierra requirió millones de años para ser creada y que el hombre descendiente de ya saben qué. Es más, dialogaba sobre cuestiones de relevancia de modo tal que quienes lo escuchaban quedaban desconcertados, incapaces de asegurar si bromeaba. Un selecto grupo de ciudadanos recordaría largo tiempo la noche en la que el doctor Gillies dio rienda suelta a todo el potencial de su espíritu especulativo.

Ocurrió una Nochevieja, no una cualquiera: el 31 de diciembre de 1899, la víspera de un nuevo siglo. Un nutrido grupo se reunió frente al tribunal esperando a que el reloj

marcara el cambio de centuria. Tenían los congregados un cierto ánimo exaltado, como si esperaran que el cielo se abriera sobre sus cabezas. El XX sería el siglo más destacado que el mundo jamás hubiera conocido. El hombre podría volar; la tuberculosis, la difteria y el cáncer serían erradicados; se acabarían las guerras. El país, el estado y el propio pueblo en el que vivían desempeñarían un importante y solemne papel en esta nueva era. Cuando el reloj marcó las doce todas las mujeres y muchos de los hombres sollozaban. De pronto, comenzaron a cantar, no «Auld Lang Syne»⁴, sino «O God, Our Help in Ages Past»⁵. Poco después se arrojaban los unos a los brazos de los otros; se besaban; un comportamiento nunca antes visto. Breckenridge Lansing y Olga Sergeievna Doubkov —que se odiaban— se besaron; John Ashley y Eustacia Lansing —que se amaban— se besaron, la única vez que esto sucedió en sus vidas, de forma evasiva. (Beata Ashley evitaba cualquier concurrencia; se quedó sentada junto al reloj de péndulo en Los Olmos, rodeada por sus tres hijas: Lily, Sophia y Constance). Roger Ashley, a sus catorce años y cincuenta y una semanas, besó a Félicité Lansing, con quien contraería matrimonio nueve años más tarde. George Lansing, con quince años, el «diablillo» de Coaltown, estupefacto y sobrecogido por la solemnidad de la ocasión y el comportamiento de los adultos, se escondió detrás de su madre. (Los grandes artistas tienden a la exaltación en triste compañía y se apagan ante la euforia). Finalmente la multitud se dispersó; una veintena

4 Conocida canción fraternal escocesa basada en un poema de Robert Burns (1759-1796) y especialmente ligada al Año Nuevo. En español la letra ha sido libremente adaptada de diversas formas, entre ellas la conocida como «El vals de las velas» o la denominada «Canción de la despedida» de los grupos *scout* que, aunque con múltiples variaciones, suele iniciarse: «Llegado ya el momento / de nuestra separación...».

5 Himno creado por Isaac Watts (1674-1748) que parafrasea el Salmo 90. Una versión en español se puede encontrar en diversos himnarios traducida como «Nuestra esperanza y protección».

permaneció bajo el gran reloj, buscando profundizar la manifestación de una emoción que comenzaba a dar paso a la reflexión y la duda. Fueron a la taberna para —eso dijeron— tomar algo caliente. Las chicas jóvenes fueron enviadas a casa. El grupo entró en el bar, en el que ninguna mujer había sido hasta entonces admitida y era de suponer que no volverían a serlo en otros cien años. Se internaron en la sala trasera. Tazas de leche caliente, grog y «Sally Croker» (manzanas silvestres aderezadas flotando en sidra caliente) fueron distribuidas por el propio señor Sorbey.

Breckenridge Lansing —siempre exultante cuando estaba bien acompañado, el perfecto anfitrión y, como director residente de las minas, ciudadano más destacado del pueblo— ejerció de portavoz.

—Doctor Gillies, ¿cómo será el nuevo siglo?

Las damas murmuraron:

—¡Sí!... ¡Sí!... Díganos lo que piensa.

Los hombres aclararon sus gargantas.

El doctor Gillies no tosió para anunciar el inicio de sus palabras, sino que comenzó:

—La naturaleza nunca duerme. Los procesos de la vida nunca se detienen. La creación no ha llegado a su fin. La Biblia afirma que Dios creó al hombre en el sexto día y descansó, pero cada uno de esos días tuvo una duración de muchos millones de años. El día de descanso debió de ser bien corto. El hombre no es el fin sino el principio. Nos encontramos al inicio de la segunda semana. Somos los hijos del octavo día.

Describió la Tierra antes de la aparición de la vida: millones de años en los que el vapor se elevaba de las hirvientes aguas... El ruido, los terribles vientos, las olas... El ruido. Más tarde, diminutos organismos flotando hasta asfixiar los mares. Pasivos... Entonces, aquí y allá, unos y otros, adquirieron la

habilidad de impulsarse hacia la luz, hacia el alimento. Un sistema nervioso empezó a tomar forma en la era Precámbrica; aletas y patas comenzaron a lograr suficiente fuerza para caminar sobre tierra firme en el Devónico Superior, la sangre se calentó en el Mesozoico.

Fue en algún momento del Mesozoico cuando el señor Goodhue, el banquero de Coaltown, intercambió una escandalizada mirada con su mujer. Se levantaron y abandonaron la sala, la frente alta, mirando decididos al frente. ¡Evolución! ¡Impía evolución! El doctor Gillies continuó. Una vez separadas las plantas de los animales, los envió a iniciar sus largas marchas. Los pájaros y los peces, tras alguna duda, se despidieron. Los insectos se multiplicaron. La llegada de los mamíferos y ese sobrecogedor momento en el que permanecieron sobre sus cuartos traseros liberando los delanteros para la realización de otras actividades.

—¡La vida! ¿Por qué la vida? ¿Para qué? ¿Con qué fin? Algo que surgió de la nada. ¿Adónde se dirigía?

Se detuvo. Su mirada se fijó con tal insistencia sobre los chicos, que estos se sintieron impelidos a responder. Murmuraron:

—Al hombre.

—Sí —contestó el doctor Gillies—, a todas las clases de hombres.

Una dolorosa inquietud se instaló en el grupo. Breckenridge Lansing, experimentado moderador, habló de nuevo en nombre de todos.

—No ha respondido a nuestra pregunta, doctor Gillies.

—He establecido las bases para mi respuesta a vuestra pregunta. En este nuevo siglo debemos ser capaces de ver que la humanidad inicia una nueva etapa de desarrollo: el hombre del octavo día.

El doctor Gillies estaba mintiendo con todas sus fuerzas. No tenía ninguna duda de que el siglo que se iniciaba sería demasiado funesto para ser contemplado, es decir, como el resto de siglos.

El doctor Gillies era el único miembro del grupo que no había sentido euforia. No había participado en las felicitaciones y abrazos. Quince minutos antes de las doce se había internado en la taberna para visitar a la anciana señora Billings, su paciente de tantos años. Su alma (una palabra que él únicamente utilizaría bromeando) estaba colmada de amargura. Veintitrés meses atrás su hijo había fallecido en un accidente de trineo en la Universidad Williams de Massachusetts —Hector Gillies, quien debería esa noche estar iniciando el siglo XX—: su otro yo, su prolongación, su alargada sombra. El doctor Gillies no tenía fe en el progreso, en el futuro de la humanidad. Sabía más sobre Coaltown que cualquiera de sus habitantes (como había conocido mucho sobre Terre Haute, en Indiana, durante sus primeros diez años en la profesión). Coaltown no era peor ni mejor que cualquier otra población. Toda comunidad es una porción del amplio organismo de la raza humana. Una incisión en Breckenridge Lansing o en el emperador de China desvelaría lo mismo, las mismas vísceras. Como el diablo en la vieja fábula, retirar los tejados de Coaltown o Vladivostok permite escuchar las mismas palabras⁶. Sus lecturas nocturnas de los grandes historiadores confirmaban su sensación de que Coaltown está en todas partes; aunque incluso los grandes historiadores son víctimas de la distorsión inducida por el paso del tiempo: alzan y humillan a su antojo. No hay Siglos de Oro ni Años Oscuros. Solo una

⁶ Referencia a la tradición castellana recogida por Vélez de Guevara en *El diablo cojuelo*, si bien la edición de *El octavo día* publicada por Library of America la adjudica a *Le diable boiteux*, de Alain-René Lesage, inspirada en aquella.

oceánica monotonía de generaciones de hombres bajo la alternativamente propicia o pésima climatología.

¿Cómo serían el siglo XX y los posteriores?

Mintió descaradamente porque su mirada descansaba sobre Roger Ashley y George Lansing. Habló como lo habría hecho si Hector hubiera estado allí. Es obligación para los ancianos mentir a los jóvenes. Permitirles que afronten sus propios desencantos. Fortalecemos nuestras almas, siendo jóvenes, con la esperanza: la resistencia adquirida nos permite posteriormente asumir la desesperación como lo haría un romano.

—El Hombre Nuevo está llegando. La naturaleza nunca duerme. Hasta ahora el esporádico hombre singular, el solitario genio, ha cargado con los hijos del miedo y la inercia en sus faldones. En adelante las masas emergerán de su condición cavernícola...

Oh, ¡era magnífico!

—... emergerán de su condición cavernícola en la que la mayor parte de los hombres permanecen aún encogidos: aterrizados ante la usurpación, abrazando sus pertenencias, esclavos del temor al Dios del Trueno, el temor a los vengativos cadáveres, el temor a la indomable bestia que se aloja en su propio interior.

Era maravilloso.

—La mente y el espíritu serán la próxima climatología del ser humano. La raza está siendo educada. ¿Qué es la educación, Roger? ¿Qué es la educación, George? Es el puente que el hombre cruza desde la vida encerrada en uno mismo, centrada en uno mismo, hacia la conciencia de la comunidad humana al completo.

Varios de los miembros de su audiencia habían caído rendidos pronto en la beatífica atmósfera del siglo XX; no John

Ashley y su hijo, no Eustacia Lansing y su hijo.

Olga Doubkov caminó de regreso a casa con Wilhelmina Thoms, secretaria de Lansing en las minas.

—El doctor Gillies no se cree una palabra de lo que dijo. Yo sí. Cada una de ellas. Al igual que sucedía con mi padre. Sería incapaz de caminar erguida si no fuera así.

Nunca se ha explicado satisfactoriamente por qué los primeros colonos de Coaltown (o Maple Bluffs⁷, como fue inicialmente denominado) eligieron centrar y expandir su asentamiento en una garganta sin sol cuando pudieron haber construido sus casas, su primera iglesia y la primera escuela en los prados abiertos situados al norte y al sur. La población se ubica en una ruta comercial de moderada importancia; los vendedores itinerantes siguen formando parte de su vida. Coaltown siempre ha sido privilegiada por los viajeros —afortunadamente para Beata Ashley y sus hijas llegado el momento— incluso cuando Fort Barry, cincuenta kilómetros al norte, y Summerville, sesenta y cinco kilómetros al sur, ofrecían mayores atractivos. La Taberna Illinois de los Sorbey (constructor, hijo y nieto), les convenía. Le destinaban dos noches en sus itinerarios. Las habitaciones eran amplias, las cenas por treinta y cinco centavos, generosas. El mobiliario de la cantina, de madera tallada y latón, fue instalado ante la expectativa de una prosperidad aún mayor. El cordial olor del serrín, las salpicaduras de cerveza y la fermentación del *whisky* daba la bienvenida al cansado trotamundos. Había juegos nocturnos en la sala trasera. Se ofrecía transporte gratuito hasta distintos establecimientos situados varios kilómetros al sur, en los márgenes de la carretera del río: El Abrevadero de Hattie y Lo Tenemos Todo, de Nicky. Los agentes comerciales (herra-

7 El nombre significa «Los riscos del arco».

mientas agrícolas y medicamentos al por mayor) llegaban en tren; los viajeros (máquinas de coser, joyería, medicamentos patentados y menaje de cocina) a caballo y en calesa. Los vendedores ambulantes se detenían en un lateral de la carretera y dormían bajo sus carretas.

Con el descubrimiento del carbón llegaron el polvo negro, gris, amarillo y blanco; aguas turbias al Kangaheela; el primer y último residente adinerado: Airlee MacGregor; más extranjeros: de Silesia y Virginia Occidental, el padre de la señorita Doubkov (un príncipe ruso exiliado, según algunos), y John y Beata Ashley, de Nueva York, hablando el «dialecto neoyorquino». Numerosas aves, fieras, peces y plantas desaparecieron de la región. Se hizo habitual comentar que el suelo estaba «agriado». Por encima de todo ello llegó la pobreza, el descontento y la amenaza de violencia. Muchos de los hombres que trabajaban diez horas al día bajo tierra parecían incapaces de alimentar y vestir a una familia de doce o catorce integrantes, incluso cuando, la tarde del sábado, su querida descendencia depositaba su salario semanal en la mano del padre. Los zapatos eran de especial relevancia. Se introducían en los sueños en forma de pesadilla. Incluso los caballos tenían zapatos. Un hombre podía alimentar a su familia con judías, salvado, verduras, manzanas y, ocasionalmente, tocino; pero se sobreentendía que los creyentes no podían ir a la iglesia descalzos. Los hijos habían de ir por turnos. En varias ocasiones durante la segunda mitad del siglo XIX el aire olió a sublevación. Pocas cosas existen más desalentadoras que las huelgas poco entusiastas. Todas fueron mal gestionadas y poco apoyadas. Las ventanas del almacén de suministros de los mineros volaban por los aires, las oficinas de la empresa eran destrozadas. Un grupo de aguerridos hombres fue dispersado tras hacer trizas la valla de listones de madera que

rodeaba la vivienda de Airlee MacGregor y lanzar contra la puerta sus bolas de *croquet*. (Durante todo este estrépito de madera en astillas el viejo MacGregor permaneció sentado en su salón, el rifle a mano, inflexible como Moisés). La cercanía de los días festivos generaba temor. En 1897 el alcalde canceló prudentemente el desfile del Día de la Independencia y la oración en Memorial Park. Cada cuatro años, las elecciones eran particularmente temidas. Los mineros descendían en manada las colinas y daban rienda suelta a su pronunciada frustración y rabia. La administración aplicaba multas con severidad a quienes no aparecían por los pozos al día siguiente. Los hombres bebían y gritaban durante toda la noche y se tambaleaban hacia las laderas al amanecer; sus mujeres los recogían de las zanjias junto a la carretera. Muchos niños nacían el siguiente agosto, recibidos con resignación. Los residentes en Coaltown cerraban con llave las puertas de sus casas por la noche desde tiempos inmemoriales y aquellos mejor situados instalaban varios refuerzos y barricadas. Breckenridge Lansing no fue el primero en entrenar a su familia en el uso de armas de fuego, algo comprensible siendo el director general de las minas. Sorprendió a los reporteros venidos de otras ciudades para el juicio que fuera asesinado durante su habitual práctica de tiro de la tarde de los domingos, no así a los habitantes de Coaltown.

Cinco años después del notorio juicio, las minas cercanas a Coaltown cerraron: los yacimientos Bluebell y Henrietta B. MacGregor. La calidad del carbón llevaba tiempo reduciéndose y se produjo también una caída de la producción. El pueblo vio reducido su tamaño. Las familias del convicto y el asesinado se mudaron. Sus casas cambiaron de manos varias veces. Portaban carteles en los que se leía HABITACIONES y SE TRASPASA, pero finalmente los carteles acabaron siendo ilegí-

bles y se cayeron de las paredes. Las ventanas rotas dejaban pasar la lluvia y la nieve; los pájaros anidaban en todas las plantas; las vallas de listones de madera se combaban sobre la tierra como las olas al besar la arena. El cenador del jardín trasero de Los Olmos acabó cayendo al estanque. En otoño las madres enviaban a sus hijos a recoger nueces a San Cristóbal y castañas a Los Olmos.

Con el cese del funcionamiento de las minas mejoró la calidad del aire. Ningún ama de casa se atrevía a colgar cortinas blancas, pero las chicas que participaron en la ceremonia de graduación del instituto vistieron por primera vez trajes blancos en 1910. Con menos cazadores, los ciervos, los zorros y las codornices incrementaron su número. El pez saltarín, el ajedrez y la trucha de Mulligan encontraron su camino Kangaheela arriba en grandes grupos. El ciclamar, las varas de oro y las coletas, que habían olvidado la región mucho tiempo atrás, regresaron desde todas las direcciones.

A menudo, en primavera, tras los aguaceros, un extraño rugido llenaba el aire. Las colinas estaban plagadas de minas abandonadas; la superficie sobre estas se derrumbaba con un gran estruendo más parecido al de un terremoto que a un deslizamiento de tierras. Los locales ascendían las laderas para contemplar estos montículos. Parecían más las ruinas de grandezas pasadas que las prisiones donde tantos habían trabajado doce horas —más tarde serían diez— al día, y donde tantos habían tosido y escupido sus propios pulmones. Incluso los niños más pequeños se quedaban mudos ante la vista de estas largas galerías y arcadas, rotondas y salones de trono. Al año siguiente los arbustos y las enredaderas cubrían las entradas al mundo subterráneo. La población de murciélagos se incrementó, emergiendo al caer la tarde en nubes arremolinadas sobre el valle.

El octavo día

Como tanto gustaba de decir el doctor Gillies: «La naturaleza nunca duerme».

Coaltown ya no tiene oficina de correos. La correspondencia se distribuye en un rincón de la tienda de ultramarinos del señor Bostwick. La sede de la administración del condado fue transferida a Fort Barry.